

AUNQUE ES DE NOCHE

**N**OS LO VAMOS a tener que cargar, joven, le dice el patrullero. ¿Pues qué le pasa? No me parece que esté tomado. Alejandro se encuentra detenido en el asiento de la misma patrulla que ya lo había arrestado en la zona de tolerancia unas horas antes. Va sin camisa, sin zapatos y sin chamarra. Son las diez de la noche del viernes santo del año de 1974. Ya le dije, dénos lo que traiga, lo que sea, si no vamos a tener que entamarlo. Alejandro no ha pronunciado una palabra. Va callado, con la cabeza baja, cubriéndose del frío con los brazos. Tiritita. La patrulla se detiene en la gasolinera de Buenavista. El conductor se baja, abre la cajuela y saca una sudadera sin mangas y manchada de grasa. Póngasela, le dice, y se la avienta por la ventanilla. Es la que uso para echar talacha pero mejor eso que nada. Alejandro obedece. Desde la patrulla alcanza a ver los ojos luminosos y violentos de Zapata, que miran sobre Cuauhnáhuac. Los patrulleros continúan su camino. Poco antes de llegar a la comandancia el patrullero se detiene otra vez y se vuelve hacia Alejandro: ya a lo macho, ¿no trae ni un quinto? Bueno, cuando menos díganos qué carajos hacía allí. Mire, bájese y que no lo volvamos a ver porque entonces sí nos lo chingamos.

¿No me oyó?

Llévenme a la cárcel, pide Alejandro con voz apenas audible.

*¿Te acuerdas de aquel día en que nos fuimos a Taxco sin que se enteraran tus papás? Les dijiste que ibas a estudiar en casa de una amiga. Pasé por ti a la preparatoria en La Uva, aquel vocbito morado que se me desbarató, no hace mucho, en "la pera". Tomamos un cuarto con vista a Santa Prisca, en donde nos dedicamos durante toda la mañana a hacer el amor y a beber cerveza. Cuando te invité a nadar saliste vestida con un bikini negro que yo desconocía y que no se me ha podido olvidar.*

Alejandro no se rasuró. Se levantó más temprano que de costumbre, se dio un regaderazo y se vistió con unos jeans descoloridos, unos tenis sin calcetines y una chamarra de mezclilla. Se amarró una corbata a manera de cinturón. Contó el dinero que había logrado juntar. Metió los billetes grandes en el bolsillo izquierdo y los billetes chicos en el derecho. Se aseguró de llevar su acta de nacimiento, su pasaporte, su cartilla y su licencia. Los guardó celosamente en su chamarra.

Salió de casa de sus padres, en la calle de Matías Romero, y caminó hasta la avenida Universidad. Allí tomó un trolebús que lo dejó cerca de la c.u., donde empezó a pedir aventón.

Quince o veinte minutos después se detuvo una pick up. ¿Hasta dónde vas? Cuauhnáhuac. Súbete. ¿De paseo?, le preguntó el tipo. Voy a arreglar un asunto, contestó Alejandro sin mirarlo. El chofer se volvió a observarlo y al verlo tan ensismado y reticente encendió un cigarrillo y le subió el volumen al radio. Condujo en silencio hasta el libramiento de Cuauhnáhuac donde lo dejó. Alejandro caminó hasta la entrada de la ciudad. Ahí vio por primera vez los ojos: impacientes, iracundos, violentos. Esperan, piensa Alejandro, esos ojos esperan.

Tenía hambre. Decidió ir a comer al mercado. Cogió un camión en la glorieta de Zapata y se bajó en el mercado principal. No supo por qué sospechó que ése sería su único alimento de todo el día. Se sentó en un changarro cualquiera y pidió un plato de pancita, frijoles y tortillas. Ah, y una Victoria bien fría. ¿Te leo la suerte?, le preguntó de súbito una voz de mujer. Era una gitana de blusa escotada, faldas largas y vistosas, de cabello rizado y ojos penetrantes. Tal vez pueda decirte algo que te ayude. ¿Como qué? A ver, muéstrame tu mano... como que has tenido problemas con tus estudios y con tus padres. A ver, sigue... Pero eso no te angustia, sabes que podrás resolverlos cuando te lo propongas. Tu problema ahora es mucho más serio, ¿me entiendes? Pero primero dame mi dinero, exigió la gitana. Alejandro sacó un billete y se lo dio. Hoy entrarás en la noche de la purificación sensitiva, dijo la mujer. Pero antes de que acometas la acción que te has propuesto es necesario que quedes en estado de pureza, de calma para que así puedas penetrar en la confusión de tu noche, ¿me entiendes? Tú no vas a robar. El robo ya se lo ha hecho la misma persona y lo que tú vas a hacer es devolverle el robo al robador, ¿me entiendes? Subirás a una cruz, abrirás los brazos y ahí esperarás, ¿me entiendes?

*Cuando entré al salón de clase te vi sentada en la primera fila, con tu cabello lacio y largo, tu cara de niña buena ligeramente ladeada y con esa mirada que me permitió vislumbrar a la mujer que había en ti y que basta entonces no se te había pegado la gana descubrir. Tal vez por eso te cayó mal que yo me dirigiera a la última fila del salón, me sentara y subiera los pies sobre la banca de adelante.*

Caminó en dirección del Casino de la Selva, cerca de donde sus padres tenían una casa en condominio. Necesitaba calma y tiempo, así que le hablaría desde allá. No traía la llave, ni modo, tendría que hablar con don Nico para que lo dejara entrar. Ojalá que no se la hiciera cansada pues la última vez

que estuvo allí los vecinos se habían quejado con su padre. No había sido para menos. Su amigo el Daddy y él se habían ligado a dos chavas en el Harry's que venían dízque a pasar el fin de semana en el Casino de la Selva. ¿En el Casino? No la arruine, no es de su catego, les dijo el Daddy, ¿por qué no vamos mejor a la casa de mi cuate? La vamos a pasar muy bien sin la bola de burócratas cocinándose en la misma alberca que nosotros. Y sin más aquellas aceptaron. Llegaron muy calmados, se cambiaron, se untaron aceite y se tendieron al sol. Se echaron unas cubitas y al calor de los tragos empezaron a jugar, a aventarse unos a otros a la piscina y luego al Daddy se le ocurrió sacar la ropa de los maletines de las dos chavas, para que ya no pudieran ponerse nada, y la aventó al agua, cosméticos y todo y ellas respondieron aventando el hielo y las cocas y el ron y los zapatos de ellos y las toallas y hasta la guitarra de su viejo, qué poca, hasta que los cuatro acabaron en un desmadre de alberca cantando está muy bien, está muy bien, está muy bien, de esa opinión participo yo también, ¡cabrón! para indignación y enojo de los vecinos. No hay derecho éste es un lugar para familias, había dicho alguno.

Quiobo don Nico, ¿qué no sería tan amable de dejarme entrar? Se me olvidó la llave. Su papacito me dio órdenes de que no dejara entrar a nadie y menos a usted, joven. No hay que ser, don Nico, mire, nomás quiero echar un telefonazo y darme un chapuzón. Ni siquiera me voy a quedar a dormir. No le aunque, imagínese si su papá de usted llega a enterarse. Órale, mire, tenga y cómpreme unas cervecitas y vamos a mitas. Híjole, joven... no puedo, de veras... Órale, ábrame la casa y vaya por mi encarguito. Pero sólo por esta vez, joven. Ya vio el problema que se me armó el otro día.

Alejandro abrió las cortinas y se puso el traje de baño. Sacó un toque del bolsillo de su camisa y se lo fumó calmado, gozando cada jalón. Relajado, cogió el teléfono y marcó: casa del señor Méndez. Chin, la flor. Aclaró la voz: ¿perdone, puedo hablar con Adela? ¿Quién habla? Alejandro, señora, soy Alejandro Morales. Mire Alejandro, Adela no está pero si estuviera tampoco se la pasaría. ¿No cree que ya le hizo suficiente daño? Ella ya se olvidó de usted. Se casó la semana pasada y quién sabe cuándo volverá a México. Se fue a vivir a Francia. Le suplico que ya no vuelva a molestar, ¿quiere? Colgó. Pinche vieja.

¿Y ya te olvidaste de aquella vez que fuimos a Cuetzalan con tus primos? Tu tía no nos dejaba ni un minuto a solas. Llegaron al Hotel Las Garzas y yo tuve que tomar una habitación aparte, en otro hotel. La tarde en que se te perdieron tus lentes de sol, los "relumbrones" que habías comprado en Alemania, doña Estelita te dijo delante de tu tía, muy quitada de la pena, "No se preocupe, boy mismo le amarro los buevos a San Cutufato y ya verá que mañana aparecen". ¿Ya se te olvidó cómo te reíste durante boras por la ocurrencia de la viejita? ¿Y se te olvidó también que esa noche salimos solos por única vez a caminar por el pueblo y fuimos al cementerio y yo empecé a aullar como lobo y todos los perros del pueblo me secundaron? ¿Se te olvidó que

te abracé y empezamos a besarnos mientras mis dedos desabotonaban tu blusa? ¿Que bicimos el amor por primera vez sobre una tumba y cuando terminamos vimos que una mujer misteriosa nos había estado observando todo el tiempo? ¿Ya se te olvidó la sensación simultánea de miedo y de placer?

Se dirigió a su recámara, sacó unos lentes oscuros de su buró y buscó entre sus cosas un libro que lo sacara del azote en el que lo había hundido la madre de Adela. Encontró un pequeño libro con cubiertas de cuero rojo y salió hasta la orilla de la piscina. Una sensación de lasitud invadía todo su cuerpo. Tenía la boca seca. Se tendió al sol y empezó a leer sobre una fuente, una fuente oculta que corría en plena oscuridad y que era el origen de todo. Era verdad, en algunos cuadros sobre el paraíso terrenal muchos pintores colocaban una fuente en el centro del Edén de donde supuestamente brotaban las más misteriosas fuerzas. Sí: esa fuente irradiaba luz en plena oscuridad y sus aguas descendían hasta los mismísimos infiernos y podían alumbrar cualquier alma, hasta la suya, y se complació en pensar que esa fuente se estaba allí, en Cuauh-nahuac. Hoy intentaría beber de esa fuente...

Y aquella primera vez que nos peleamos porque no me quisiste acompañar otra vez a nuestro amigo el poeta, según tú porque abí siempre se cenaba muy tarde y se bebían martinis durante toda la noche y se oía música guapachosa y todo el mundo le "atoraba" con todo el mundo y le habías prometido a tus papás que no volverías a llegar después de las dos de la mañana.

¿Le pasa algo, joven? No, don Nico, nada. Ya lleva un rato riéndose solo. Estaba leyendo, don Nico, y lo que pensaba hizo que me ganara la risa. No ha tomado nada, ¿verdad? No, don Nico, ya sabe que mi papá no deja en la casa ni agurrás. Aquí está su encarguito joven, ¿tires para mí como quedamos? Y el cambio también es para usted, don Nico. Ya sabe, lo que se le ofrezca ahí nomás me dice pero que no se entere su jefecito. No hay cuete, don Nico, ni se las huele que ando por acá. Y no vaya a armar un alboroto como el del otro día, joven. Tranquilo, don Nico, tranquilo.

Alejandro se metió a la piscina con los anteojos puestos y una cerveza en la mano. Se sumergió hasta el cuello. Oyó el ruido de las chicharras clamando por lluvia en el agobiantes calor del mediodía. Escuchó: tac - tac - tac - tac - tac luego se intensificó el sonido hasta alcanzar un tono agudo uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuhhh que logró levantar a Alejandro por los aires para que, segundos después, el tac - tac - tac - tac lo volviera a depositar sobre la alberca.

Caminó hasta Leandro Valle con su chamarra al hombro. Ahí cogió un Peni - Acapatzingo y se bajó en la calle de Querétaro con sus pequeños cuartuchos con cortinas de tela floreada en la puerta a todo lo largo. La calle se veía seca, terregosa, llena de hoyos. Qué raro: no se veía ninguna mujer. Eran apenas las tres de la tarde pero otras veces, incluso en plena mañana, la zona estaba rebosante. Continuó su camino. Frente a uno de los cuartos un numeroso grupo de mujeres formaba cola. Risas, gritos, empujones. Frente a ellas

una patrulla vigilaba el orden. Qué pasa, le preguntó Alejandro a uno de los policías. Salubridad, contestó el otro, inspección.

Se metió a un cantina: no había más de seis o siete mesas de metal, todas desocupadas. El cantinero lo miró desde la barra y una mesera, tosca y fea, se acercó a atenderlo. Un tequila, pidió. Se lo traen con un poco de asadura como botana. Alejandro bebió su tequila de un trago, a la cowboy. Su cuerpo se sacudió involuntariamente. Un par de lágrimas asomó por la comisura de sus ojos. Otro tequila, pidió, y ponga un poco de música, dijo dándole dinero. La mesera fue hasta la rocola y puso "la número cien".

*Fuimos a ver a John Spencer a su estudio, en la Casona de Cuauhtémoc. Te mostró la escultura sobre la que estaba trabajando, la del padre Quino, en la que se aprecia una carreta tirada por unos bueyes y su imagen invertida en un reflejo, como evocando que lo que ocurre sobre la superficie de la tierra ocurre también en las profundidades del alma. "Proyectos Celestiales". Nos leyó a San Juan de la Cruz y la adaptación que un poeta joven de Segovia había escrito de uno de los famosos poemas:*

Es ahora de noche  
y tus árboles tristes se desploman...  
desdeñan los amados  
amantes fidelísimos  
aunque es de noche

Las mujeres se hallaban ya frente a sus cuartos. Al pasar junto a ellas lo llamaban y le hacían todo tipo de bromas y proposiciones. Güerito, me pagas el primero y el otro va de cachucha, le propuso una. Alejandro se volvió. La que le había dicho eso era una morena clara, joven y delgada, con el cabello teñido de rojo que se encontraba sentada frente a su cuarto. ¿Cuánto? Ella sonrió con picardía y mencionó una cifra. ¿Va en serio lo de la cachucha? Oohhh. La pelirroja corrió la cortina y lo dejó entrar. En el cuarto no había más que una cama, una mesa pegada a la pared con una jarra, un aguamanil y un rollo de papel sanitario. Sobre la pared dos veladoras iluminaban un cuadro de la virgen de San Juan de los Lagos. Junto a la mesa había otra silla. Alejandro se quitó la chamarra y la acomodó sobre el respaldo, se empezó a desvestirse. La pelirroja se tendió sobre la cama, se alzó la falda y abrió las piernas. ¿No te vas a encucrar? preguntó Alejandro. Te cuesta otra lanita. Alejandro asintió y, sin levantarse, la mujer se desabotonó la blusa y deslizó la falda por las piernas.

Sin besos, pidió ella. Alejandro la abrazó y sintió la mejilla tibia de la mujer. Me picas, protestó la mujer, tu barba... Alejandro llegó hasta el fondo de la pelirroja y empezó a socavarla a contrarritmo. La mujer se movía con pericia, buscando que él eyaculara lo más pronto posible. A ver si logro el doble clochazo, se dijo Alejandro. La mujer movía las caderas en círculo tomándolo de los hombros susurrándole ya vente güerito, vente. En el cuartocho asfixiante y bochornoso se

empezó a escuchar el splash - splash de sus torsos húmedos por el sudor batiéndose uno contra el otro. El sonido calentó a Alejandro, que empezó a tirar estocadas fuertes y prolongadas. La mujer lo sintió y empezó a bombear. Su cuerpo se conyirtió en una colina por la que empezaron a rodar piedras ardientes que sacaban chispas en la oscuridad. Alejandro se dejó de mover y empezó a sentir lava escurriendo densa y ardiente por su cuerpo pero no fue sino hasta que sintió que la pelirroja dejaba de moverse cuando él volvió a meter el clutch y entonces arremetió con furia y con coraje. Sus testículos le respondieron y enviaron una nueva y fresca oleada, una erupción que tñó el cielo de anaranjado y sacó fuego a borbotones. La pelirroja, desconcertada, no supo cómo reaccionar y no le quedó más que dejarse zarandear como una mariposilla que ha caído en las garras de una campañocha.

*¿Y ese domingo que te estuve buscando entre ciento quinientos mil espectadores en el Estadio Azteca?*

Quedó tendido sobre ella, como muerto, empapado de sudor. Permanecieron así durante un rato, como dos perros ensartados después de aparearse. ¿Ya levántate, no? ¿Y el de cachucha? ¿A poco creíste que por unos cuantos pesos me iba a quedar contigo toda la tarde?

Se puso la camisa, se anudó la corbata que llevaba a manera de cinturón y pagó. Salió a la calle. Caminaba por avenida Cuauhtémoc cuando se acordó de su chamarra. La había olvidado.

La pelirroja estaba en su silla, recargada contra la pared, a la entrada del cuartocho. Masticaba un chicle y fumaba. ¿Qué pasó mi cachondón? ¿Qué no quedaste satisfuchí? Se me olvidó mi chamarra. Pásamela, no hay que ser. Mía nomás cómo me irritaste la cara. Si parece que traías lija en los cachetes. Mi chamarra, ¿no? ¿Cuál chamarra mi güero? ¿Qué no la dejarías en otra parte? La dejé en el respaldo de la silla. Pues yo no vi ni madres. Alejandro intentó meterse al cuartocho pero la pelirroja lo detuvo estirando el brazo: quiobo, ¿con permiso de quién o qué? Alejandro se quedó inmóvil. Miró al piso y de súbito pateó las patas de la silla. La pelirroja cayó estrepitosamente y él aprovechó para meterse a fuerza. La mujer empezó a dar de gritos. La chamarra ya no estaba sobre el respaldo, así que buscó debajo de la cama. Nada. Destendió la cama, quitó las sábanas y nada. Levantó el colchón y finalmente dio con ella. Metió la mano en los bolsillos: ahí estaban todos sus papeles. Se disponía a salir cuando vio frente a la entrada a un hombre de su estatura aunque del doble de su cuerpo, con los brazos en vilo, en son de pelea. ¿Qué te traes güey? le dijo el tipo. Sin mayor averiguación Alejandro le tiró una patada en los bajos. El gordo se dobló y Alejandro le prendió un fregadazo en plena jeta. Lo tiró al piso. Intentó huir pero el gordo logró agarrarlo de una pierna y lo jaló hacia él. Se revolcaban dándose de puñetazos cuando intervino la policía. Los separaron. Alejandro sangraba de la nariz; lo tenían asido por los brazos. Sobre su camisa blanca se veían gruesas gotas de sangre. Uno de los policías lo condujo hasta la patrulla, por alterar el orden.

El automóvil de la policía salió quemando llanta, la sirena y las torretas chillando rojo/azul/rojo/azul. Alejandro alcanzó a ver las caras divertidas de las prostitutas, de los padrotillos y de los curiosos que se habían juntado frente al cuarto de la pelirroja. Mire, le dijo el conductor cuando salieron de la zona, no queremos perjudicarlo ni hacerle perder el tiempo. Póngase a mano y ahí dejamos la chingadera. Con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, deteniéndose la sangre de la nariz con un paliacate, Alejandro sacó unos billetes.

*Aquel cinco de mayo la pasé solo en mi casa esperando, llamándote por teléfono todo el día. No te pude bailar y salí desesperado a buscarte por los lugares que sabía frecuentabas. La noche anterior, en una fiesta, te habías enojado conmigo y estuve bailando con otra. Te vengaste con ausencia y con silencio. Al día siguiente me enteré de que te habías ido a Cuauhnáhuac. Desconocía la dirección de la casa de tus padres, así que me instalé en la Parroquia, de donde no me moví hasta verte pasar.*

Caminó hasta la Universal y pasó a los mingitorios. Se lavó la cara y las manos. La manchas de su camisa llamaban demasiado la atención. Se abotonó la chamarra. Pensó volver a telefonar pero después de la actitud de la señora decidió ir directamente. Detuvo un taxi.

El coche lo dejó frente a una casa de piedra en la calle de Cerritos, en Rancho de Cortés. En uno de los extremos un portón de madera daba acceso al garage, en el otro había una pequeña puerta de hierro forjado desde donde una vereda conducía a la casa entre arcos de bugambilias. Tras la pequeña barda de la entrada se alcanzaban a ver las ventanas de las recámaras. Una hilera de tabachines en flor iluminaba la calle. Alejandro fue hasta la puerta de hierro y tiró de la campana.

¿La señorita Adela?, le preguntó al jardinero.

¿Quién la busca?

Un amigo de la casa.

¿Quiere pasar?

Aquí la espero.

Al poco rato Alejandro la vio venir por la vereda: distraída, miraba hacia el piso mientras comía una guayaba. Era espigada de la cintura hacia arriba, de talle largo y cintura estrecha; sus caderas y sus piernas eran fuertes y bien torneadas. Vestía un short blanco y una blusa roja. Reconoció su cabello largo y lacio, de color oscuro; el flequillo que le caía sobre la frente. Estaba quemada por el sol, bronceada. Sus ojos risueños, de color café oscuro, se ensombrecieron al verlo.

*Cuando me dijiste que estabas saliendo con él no le di importancia. Sabía que eras tan mía como yo tuyo y que no tentamos más destino que el uno para el otro.*

¿Qué haces aquí?

Necesito hablar contigo.

¿Sabías que me caso mañana?

Por eso precisamente quiero que hablemos.

Imposible. Salí porque creí que se trataba de otra cosa.

Vine a darte tu regalo.

Estoy ocupada. Mi familia está dentro y sabes que no te pueden ni ver. Me comprometes...

¿Ahí está él?

No, llega hasta mañana.

¿Estás enamorada?

¿Crees que me casaría si no?

Respóndeme. ¿Estás enamorada?

En cierto modo...

¿Sí o no?

¿A qué viniste? ¿A molestarme?

Estás hablando como tu mamá.

¿Qué quieres?

Que te cases conmigo.

¿Estás loco!

Por una vez en mi vida te estoy hablando en serio.

¿Y esperaste hasta hoy para decírmelo?

Me enteré apenas ayer y de casualidad. No pude ni dormir. Típico. Terminamos hace más de seis meses y un día antes de mi boda vienes a proponerme matrimonio; ¿qué te crees, eh?

El hombre que amas.

Fíjate que no. Ni estoy hecha para ti ni tú para mí. Eres demasiado... no sé, disperso...

¿Y él? ¿él no?

No, él no.

¿Qué tierno.

No empieces, por favor.

Vente conmigo, Adela. Vámonos a Guatemala, o a Zihua o a Playa del Carmen, a donde tú quieras. Aquí traigo lana y todos mis papeles.

No...

¿Por qué? Mira, Adela...

No, no soy tan egoísta como tú.

¿Qué quiere decir eso? ¿Que ya nunca nos volveremos a ver?

Fíjate que sí...

¿Qué, ya te olvidaste totalmente de mí? ¿Ya se te olvidó todo lo que vivimos juntos?

¿Me estás haciendo un interrogatorio o qué?

Dame un beso.

No, Alejandro...

Alguien se dirigió a Adela desde el fondo del jardín y, en tono enérgico, le ordenó que entrara inmediatamente.

Lo siento mucho, Alejandro, adiós...

Adela arrojó al suelo la guayaba que traía en la mano y se retiró.

El padre de Adela llegó hasta la puerta.

Váyase de aquí cuanto antes y deje de molestar a mi hija. Si no, voy a llamar a la policía.

Déjeme hablar con ella cinco minutos. Si me lo permite, le doy mi palabra de que no volveré a molestarla.

Ni cinco segundos. Si usted cree que mi hija no tiene quien la proteja está muy equivocado. Ya me dijo mi esposa que ha estado usted molestando en el teléfono. Conste que ya se lo advertí, lírguese de aquí o le echo a la policía.

El padre de Adela se retiró.

¡Adela, Adela! ¡Escúchame Adela! ¡Soy yo! ¡Alejandro!  
¡Si no sales te juro que voy a hacer algo de lo que te vas a  
arrepentir!

Alejandro sintió una enorme desesperación. Sacó su acta  
de nacimiento. La empezó a leer, íntegra, a voz en cuello:  
Pedro Alejandro Morales Ricart, dijo y leyó su fecha de naci-  
miento, quiénes eran sus padres, quiénes sus abuelos recla-  
mando si lo consideraban poca cosa para su hija. Cuando  
acabó la lectura hizo bola el documento y lo arrojó tras la  
puerta de la casa. Luego siguió con su cartilla, con su licencia  
y con su pasaporte. Se trepó en uno de los tabachines. Oscu-  
recía. Las chicharras de Cuauhnáhuac zumbaban y, entre las

flores rojas del árbol, Alejandro se sentía en pleno infierno.  
Necesitaba asomarse a la recámara de Adela, hacerse visible.  
La ventana estaba iluminada así que ella debería de estar allí.  
¡Voy a quemar el dinero que junté para irme contigo! advir-  
tió y entre gritos y amenazas empezó a prenderle fuego a los  
billetes pidiéndole que se asomara. Quemó billete por bille-  
te y cuando acabó con todo lo que traía amenazó con quitar-  
se la ropa y arrojarla a la casa: aventó primero la chamarra,  
luego la camisa ensangrentada, se quitó un zapato y lo tiró  
a la ventana iluminada. Quebró el vidrio. Empezó a llover.  
Trepado sobre el árbol, empapado y semidesnudo, oyó la si-  
rena y vio rojo, vio azul, vio luces azul y rojo.

---

LUIS IGNACIO HELGUERA

---

PÁJAROS

EXTRAVÍO

Se eleva el pájaro  
cada vez más lejos de mi mano  
Aguja volátil  
al fondo  
del pajar azul inmenso

TALA

*A Octavio Paz*

Hacha, sierra lentísima  
de troncos, ramas  
otoños de la memoria  
Pájaro carpintero  
talas, tallas  
cómodos sillones  
a la medida del oído  
en que se acurruca el alma  
Veloz martillo cromático  
clavas en el árbol  
tu propio cuadro  
Esculpes sobre la corteza  
rostros arrugados  
Escribes:  
yo estuve aquí un instante